

A Miguel Abensour

Conocí a Miguel Abensour en el tren entre París y Reims, en la época en que recién había fundado el Centro de Filosofía Política en la Universidad de Reims. Profesor de la escuela normal de maestros de Troyes, yo estaba igualmente encargado de los cursos de filosofía en el departamento de ciencias económicas de la Universidad de Reims. Una universidad cuyo departamento de filosofía era siniestro y siniestrado, en el tiempo en que reinaba sobre el mismo campus y en la Facultad de derecho y ciencias políticas el astro abensouriano. Su curso era seguido por toda una comunidad universitaria de estudiantes, profesores y oyentes libres, los que se encontraban inmersos en un proyecto filosófico que se anclaba en tres direcciones: 1) en el diagnóstico de una crisis de la modernidad, 2) en la lucha contra la restauración de la filosofía política académica y 3) en la idea reguladora de recobrar, reconquistar, la irreductible heterogeneidad de las cosas políticas y pensar el enigma del vivir-juntos humano. Sus referencias privilegiadas: Hannah Arendt, Jürgen Habermas, Claude Lefort, eran extrañas a mi formación filosófica canguilhemiana y a mi compromiso con la revista *Les Révoltes Logiques* junto a Jean Borreil, Geneviève Fraisse, Jacques Rancière y Stéphane Douailler. Sin embargo, convergíamos obstinadamente sobre el siglo XIX, y particularmente sobre Pierre Leroux. Es en estas circunstancias que me propuso dirigir mi tesis sobre el juego de la filosofía y el Estado. Me apoyó hasta hacerme entrar al CNRS. Igualmente apoyó la carrera profesional de varios otros filósofos de la generación de 1968, como Georges Navet, Martine Leibovici y Etienne Tassin, y le debemos, destino improbable, el habernos vuelto profesores de universidad. Si puedo decirlo, él nos institucionalizó.

Abensour había escrito sobre Saint-Just y su tentativa de salir de la Revolución a través de las instituciones, porque su convicción era, junto a Deleuze, que la institución es un modelo positivo de acción, mientras que la ley es una limitación de las acciones mismas. Su elección como presidente del Colegio Internacional de Filosofía lo distinguió tanto como su paso por Reims o por París 7. Para utilizar una expresión célebre, él le prendió fuego a la filosofía. Existía en el Colegio la posibilidad de un trabajo en común y de una apertura de la filosofía hacia su exterior, como en la escuela de Frankfurt. Pero sobre todo, él puso al conflicto como principio del Colegio, puesto que para Abensour esta comunidad filosófica, para ser ella misma, no podía ser sino un espacio agonístico que debe reconstruirse sin cesar si es que quiere salvar su naturaleza de institución utópica entregada a la emancipación. Aquel que había institucionalizado en la universidad a la generación filosófica del sesenta y ocho, con el mismo gesto, cultivaba la marginalidad en la institución utópica del Colegio, porque “su proyecto le abría a la consideración de los posibles, en ruptura con el orden establecido”.

Esto es, también, sin duda, lo que caracteriza su obra filosófica. Horacio González, director de la Biblioteca Nacional de Argentina, ha recogido de manera notable el gesto *filosófico* de Miguel Abensour como un proceso de liberación de los textos: “Para Abensour, los textos son pruebas “en acto” de un sentimiento utópico (...). Si hay utopía, es porque hay una lectura de los textos que apela a sus líneas de fuga,

a sus nudos incesantemente sin resolver”. Lo que percibe bien Horacio González es que el propósito de Abensour no es tanto el de proponer una teoría de la utopía como el de provocar en el lector sentimientos que revelan pensamientos que son fruto de la imaginación utópica, y sentimientos que le provocarán al lector en el acto retomar su lectura, liberar a los textos de sí mismos, salvarlos, a veces contra ellos mismos. Leer a Abensour leyendo textos olvidados, o encontrando el hilo conceptual perdido de otros textos, sería aceptar entrar en la piel de este personaje utópico: el lector emancipado.

Concluiré con la cita que me envió una de mis doctorandas latinoamericanas, Luz María Lozano, profesora de la Universidad del Atlántico de Barranquilla (Colombia): “Querido Patrice, Miguel Abensour ha muerto y deja el peso de la muerte contigo porque un amigo ha partido, sin embargo, la inmortalidad de su pensamiento permanece con nosotros, también las utopías permanecen”.

PATRICE VERMEREN
Universidad París 8